

6

Juan Pablo II y la victoria del bien

CARLOS ARTURO OSPINA-HERNÁNDEZ*

Resumen

La investigación de la línea educación, ética y política: “Estudio comparativo de la historia de la Universidad Católica de Colombia con otras instituciones de origen canónico en Bogotá” de la Universidad Católica de Colombia (2015) aborda el problema del avance del *alma mater* en sus funciones universitarias, destinadas a los fines propios de su misión, compromisos e identidad. San Juan Pablo II es uno de los pocos pensadores del siglo XX que se ocupan del tema del mal y del camino que conduce a la victoria del bien, profundamente relacionado con la dimensión moral del acto educativo en la Universidad Católica de Colombia. El pensador transita por diversas consideraciones sobre el misterio de la iniquidad, el divorcio entre la filosofía y el ser, el bien como lo contrario del mal, Cristo y su cruz: sello de la victoria del bien; la libertad para el bien y para el amor, aprender a Cristo, patria, cultura y nación.

Palabras clave: misterio de la iniquidad, ser, Cristo, libertad, amor, patria, Juan Pablo II.

Introducción

Desde su elección papal, Juan Pablo II se reveló no solamente como un pontífice inusualmente joven, sino como un hombre radiante de fe. En todos sus escritos e intervenciones esa excelencia de la fe que lo caracterizaba quedaba puntualmente corroborada. Pero, ante todo, su vida fue un verdadero prodigio de la fe. Fe que ha significado el camino de la victoria del bien que se retrata en las páginas de su obra *Memoria e identidad*.

* Subdirector y docente del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia. Abogado, filósofo, magíster en Historia y candidato a magíster en Psicología. Miembro de número de la Academia de Historia Eclesiástica de Bogotá y de la Academia Caldense de Historia. caospina@ucatolica.edu.co



Allí enseña que la teología desarrollada en el oriente europeo coincide con el compromiso existencial de fiarse de Dios, aprender de Cristo, confiarse a la voluntad del Padre hasta el final de la vida: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46). Compenetrarse de la voluntad divina que obró así la redención del género humano, significa aprender a Cristo.

Su testimonio de vida encaja perfectamente en esa suprarrealidad: aprender a Cristo. Bien podría llamársele el papa que aprendió a Cristo. En la homilía de su canonización, el 27 de abril de 2014, el papa Francisco afirmó:

San Juan XXIII y San Juan Pablo II tuvieron el valor de mirar las heridas de Jesús, de tocar sus manos llagadas y su costado traspasado. No se avergonzaron de la carne de Cristo, no se escandalizaron de él, de su cruz; no se avergonzaron de la carne del hermano (cf. Is 58,7), porque en cada persona que sufría veían a Jesús. Fueron dos hombres valerosos, llenos de la parresia del Espíritu Santo, y dieron testimonio ante la Iglesia y el mundo de la bondad de Dios, de su misericordia.

Fueron sacerdotes, obispos y papas del siglo XX. Conocieron sus tragedias, pero no se abrumaron. En ellos, Dios fue más fuerte; fue más fuerte la fe en Jesucristo Redentor del hombre y Señor de la historia; en ellos fue más fuerte la misericordia de Dios que se manifiesta en estas cinco llagas; más fuerte la cercanía materna de María. (1)

El trabajo de investigación de la línea educación, ética y política “Estudio comparativo de la historia de la Universidad Católica de Colombia con otras instituciones de origen canónico en Bogotá” del Grupo de Investigación *Philosophia Personae* de la Universidad Católica de Colombia se ocupa de cómo ha avanzado la institución en su proceso educativo para alcanzar sus fines misionales e identitarios.

Cristo como fundamento (1 Cor 3, 11). La doctrina cristiana, el magisterio de la Iglesia y la verdad y la ciencia puestos al servicio del bien común, como principios, conceden una misión que reconoce al hombre como ser creado a imagen y semejanza de Dios. La persona, único ser capaz de educarse, es el centro de la misma. Desde ahí genera su propio acto educativo, acto moral susceptible de valoración, origen de acciones intelectuales y libres que conducen a la virtud de la estudiosidad (Universidad Católica de Colombia, Acuerdo 7).



Fe y ciencia dialogan permanente en el quehacer de la Universidad Católica de Colombia, para que la persona asuma la responsabilidad de su acto educativo de un modo libre e inteligente, capaz de inmunizarla frente a cualquier tipo de propuesta reduccionista o totalitaria. Cada día más abierta a los horizontes de felicidad que prodigan la verdad, el bien y la belleza.

Como aporte a esa investigación, se presentan las consideraciones derivadas del pensamiento de san Juan Pablo II sobre diferentes temas, que llevan a lo que podríamos llamar la inmunología del bien encadenada al compromiso moral que significa para la institución el acto educativo. Esos temas transitan por el misterio de la iniquidad, el divorcio entre la filosofía y el ser, Cristo como límite contra el mal; patria, cultura y nación en cuanto medios para obrar el bien, entre otros.

El misterio de la iniquidad

En las páginas de *Memoria e identidad* SS Juan Pablo II dejó un gran legado, pues trata allí ampliamente el espinoso problema del mal y del bien en la historia de la humanidad. En principio enseña el enfoque teológico del asunto. Explica que el mal es carencia y no ausencia absoluta del bien. Así recuerda el misterio de la iniquidad en la doble vía del mal, que surge en medio de lo bueno; y del bien, que persiste y se difunde en dominios que se diría, por las apariencias, pertenecen exclusivamente al mal.

En esa obra, que en adelante citaremos en extenso, recrea la parábola del trigo y la cizaña (Mt 24, 30) que alude al final de la historia cuando los segadores aten la cizaña en gavillas para quemarla y almacenen el trigo en los graneros. Su autor hace notar que existe en esa enseñanza evangélica una clave cristiana para entender que el bien, trigo, siempre está presente a pesar de que a su lado brote la cizaña, imagen del mal.

Apunta a un desenlace donde finalmente el bien recuperará su primacía al afirmar su fuerza, su permanencia e irreversibilidad. La humanidad estará en definitiva alejada de ese ultraliberalismo que todo lo permite (De Brigard 1).



El pontífice destaca lo clave que es esa parábola para comprender la historia del hombre. Trama donde siempre coexisten el bien y el mal creciendo en el mismo terreno que es la naturaleza humana, que no se volvió del todo mala a pesar del pecado original, sino que conserva su capacidad de hacer el bien como lo enseña la historia. Esto implica que quien camina por la senda del mal tiene la posibilidad desde su inteligencia y libertad de retomar la senda del bien reconciliándose consigo mismo, con la humanidad y con Dios.

Para SS Juan Pablo II sus encíclicas *Redemptor hominis* (1979), *Dives in misericordia* (1980) y *Dominum et vivificantem* (1986) relacionadas con la Trinidad, se adentran en el mundo de la fe para enfrentar el misterio de Dios, de la creación y del hombre. Realza en esos magistrales documentos la verdad de Cristo misericordioso: fuerza capaz de contrarrestar el mal; y del Espíritu Santo, quien “convencerá al mundo en lo referente al pecado” (Jn 16, 8).

Estos textos pontificios son aliados de la razón y conforman una verdadera teodicea que hace eco de las inquietudes de san Agustín (*Confesiones* 174). Juan Pablo II describe el pecado original tal como san Agustín (*De civitate Dei* 123) *Amor sui usque ad contemptum Dei* (Amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios). *Amor sui*, origen de la desobediencia y de la propagación del pecado en la historia. “Seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal” (Gn 3, 5), decidiréis por vosotros mismos lo que está bien y lo que está mal.

También acoge la respuesta agustiniana al pecado: *Amor Dei usque ad contemptum sui* (Amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo). Aquí se abre la puerta al misterio de la redención y a la acción del Espíritu Santo que permiten llegar al *mysterium crucis*. Igualmente, al abismo del mal cuyo causante y víctima es el hombre desde el comienzo de su historia. A esto se refiere la expresión “convencerá al mundo en lo referente al pecado” (Jn 16, 8). Este convencer significa la posibilidad de vencerlo con la fuerza del Espíritu Santo abriéndose al *Amor Deus usque ad contemptum sui*, en cuanto fruto de la misericordia de Dios. Cristo tiende la mano para levantar al hombre que no puede hacerlo por sí, sino con la ayuda del Espíritu Santo. Si rechaza esa ayuda incurre en “blasfemia contra el Espíritu Santo”, imperdonable

(Mt 12, 31), dado que excluye el deseo del perdón, por considerarse Dios, capaz de valerse por sí mismo.

Hasta aquí traza Juan Pablo II una síntesis de la ruta teológica sobre los problemas del bien y del mal que se resuelven con una conciencia cristiana abierta al don de la redención, a la acción del Espíritu Santo y al amor a Dios.

El divorcio entre la filosofía y el ser

En *Memoria e identidad* su autor pasa del enfoque teológico al enfoque histórico-filosófico, siguiendo la ruta del bien y del mal en el pensamiento y en el acontecer humano. Juan Pablo II develó cómo las actuales ideologías del mal tienen su raíz en el pensamiento filosófico europeo, surgido de la Ilustración. El *cogito, ergo sum* (Descartes 121) comportó un modo inverso de hacer filosofía, separándola del *esse*. Desde el *esse* la filosofía fundamentaba sus explicaciones acerca del mundo y de Dios, ser necesario (*ens subsistens*), las criaturas *ens non subsistens*, *ens participatum*, de todo cuanto existe, incluido el hombre. La filosofía cartesiana se centró en el pensamiento puro y subordinó el ser al pensamiento como contenido de la conciencia humana. No reconocía a los seres fuera de ella.

A la consideración de Juan Pablo II se suma la del entonces cardenal Ratzinger (74), quien afirmó que la trayectoria del abandono del ser desde Descartes, fue modelada por Kant y antes por Giambattista Vico (1688-1744), quien redujo la dimensión de la verdad y del conocimiento enunciada por los escolásticos como: *Verum est ens* (El ser es la verdad) a la formulación: *Verum quia factum*; que circunscribe la verdad a lo que el hombre ha hecho. Presupuesto que excluye del pensamiento humano la obra de la creación y al Creador para validarse únicamente con la verdad de las obras humanas.

Agregó que a lo anterior se sumó que Darwin sustituyó la idea de la creación por la de origen: las cosas simplemente proceden unas de otras. Si el mundo era un proceso evolutivo, el hombre no pasaba de ser un producto evolucionado, esto derivó en un antropocentrismo radical donde el hombre no era más que un producto de la casualidad, un hecho. Por otra parte, Marx superó la idea del puro



factum al invitar a los filósofos no a que interpreten sino a que transformen el mundo. Se pasa del *Verum quia factum* al *Verum quia faciendum*, dando la primacía al hacer y la factibilidad, al dejar de lado el ser, para centrarse en el futuro y la acción. De ese modo, el ser humano resignado a la idea de sus orígenes como producto de una azarosa evolución, optó por un futuro donde puede hacer de sí mismo lo que quiera, incluso igualarse a Dios, y se empeñó con la cibernética en la tarea de ser sustituido por un producto genético de calidad y de renunciar a su propia naturaleza.

Juan Pablo II en el libro en estudio, también consideró que la mentalidad cartesiana hizo que Dios se limitara a un contenido de la conciencia humana; desapareciera como razón última del ser humano, como quien dio la existencia y se entregó a sí mismo en los misterios de la encarnación, la redención y la gracia. Se convirtió en un tema de libre elaboración del pensamiento humano.

Así también el mal carecía de fundamento, porque en sentido realista es carencia de bien y Dios es el bien supremo. De igual modo, quedarían sin piso la redención y el gran drama de la historia de la salvación. El hombre de esta manera quedaba solo como creador de su propia historia y civilización, decidiendo por sí mismo lo que es bueno y es malo. Incluso hasta disponer de la aniquilación de sus semejantes y de las vidas humanas concebidas antes de su nacimiento. O en condiciones de presionar por el reconocimiento de uniones homosexuales como si fueran otro tipo de familia con derecho a adopción. Formas de mal insidiosas y veladas que instrumentalizaron los derechos del hombre en oposición al mismo hombre y a su prole.

Al no reconocer a Dios como Creador y logos, se le da carta de ciudadanía a todo tipo de excesos. Se rechaza aquello que de modo trascendente identifica a los seres humanos: el concepto de naturaleza humana como dato real, que pasó a ser valorado apenas como una mera elaboración cultural.

En *Memoria e identidad* Juan Pablo II pide volver a la filosofía tomista, que es la filosofía del ser como medio sensato para hablar del bien y del mal. Es notable cómo varios filósofos contemporáneos han llamado la atención sobre la falta de

reflexión respecto al problema del mal (Neiman 2012). Indicio bastante peligroso de la ausencia de deseo de perdón y de la pretensión del hombre de excluir y sustituir a Dios.

Hannah Arendt (93) entiende que ignorar la dimensión del bien y del mal nace del contentarse con el mero conocimiento, haciendo de lado el pensamiento y la reflexión que conducen a esa realidad, lo que implica renunciar a ser personas.

Adorno (232) explica cómo mediante el fetichismo de la técnica –que la considera fin autónomo y no medio al servicio del hombre y la dignidad humana– se obra con exclusión de la conciencia y se pierde la capacidad de amar. Las personas se sienten poco amadas porque poco aman, e incapaces de identificarse como tales, permitieron que sucediera Auschwitz.

Esos pensadores desde sus diferentes enfoques coinciden implícitamente en que ese vacío histórico ha sido causa de graves cataclismos como el fetichismo tecnológico, la deshumanización y los campos de exterminio. Si el mal no importa, el ser mucho menos. Tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI explican la hondura del problema desde el momento en que se incurrió en la ruptura de la filosofía del ser.

El bien es todo lo contrario del mal

Ahora san Juan Pablo II enseña cómo sobreponerse al mal con el bien en el ámbito existencial; el pontífice plantea que el mal en ocasiones cuando es superado por el bien, da origen a bienes mayores. Se refiere a Goethe (267), quien calificó al diablo como una parte de esa fuerza que desea siempre el mal y que termina haciendo el bien. Igualmente, a san Pablo: “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence el mal con el bien” (Rom 12, 21). De la experiencia punzante del mal, se llega a practicar un bien mayor.

Destaca el papa cómo el límite impuesto al mal en la historia de Europa ha sido el bien: el bien divino y humano que no cesa de manifestarse. El sufrimiento ocasionado por el mal con dificultad se olvida por quienes lo han padecido. La única solución es el perdón, que significa salir al paso con el bien que procede de Dios, quien es el Bien. En la historia Cristo es la línea hasta donde pudo llegar el mal



y gracias a Él todos los pueblos y todos los hombres ingresan al territorio de la esperanza.

Dios sumo bien, justicia para gloria de los buenos y punición para los malvados que se entregan conscientemente al pecado, es quien puede trazar las fronteras al mal. El Génesis describe el castigo que recibieron Adán y Eva después del pecado, pena extensiva al género humano, que se evidencia en una pecaminosidad innata del hombre y en cierta debilidad congénita de naturaleza moral, unida a su frágil existencia y a su precariedad psicofísica. Pena que se relaciona con las desdichas que desde sus primeras páginas la Biblia indica como consecuencia del pecado.

Juan Pablo II anota que el freno al mal es el bien divino y humano, que se revela en Cristo para que la humanidad entera cruce el umbral de la esperanza.

Cristo y su cruz, sello de la victoria del bien

Viene una interesante reflexión sobre la cruz como sello de la victoria del bien iluminada por Juan Pablo II en *Memoria e identidad*. La constitución pastoral *Gaudium et spes* dice que:

Toda vida humana, singular o colectiva, aparece como una lucha dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas ... pero el mismo Señor vino para fortalecer y liberar al hombre, renovándolo interiormente y arrojando fuera al príncipe de este mundo (Cfr. Jn. 12,31), que lo retenía en la esclavitud del pecado ... A la luz de esta Revelación, tanto la sublime vocación como la profunda miseria que los hombres experimentan encuentran su razón última. (n. 13)

Las víctimas de una acción sistemática del mal encuentran en Cristo y su cruz la defensa y la promesa de la victoria. Maximiliano Kolbe es signo de victoria sobre el mal en el campo de concentración de Auschwitz, también Edith Stein incinerada en el crematorio de Birkenau, por la grandeza del testimonio que dieron de Cristo crucificado y resucitado.

El misterio de la Redención de Cristo está profundamente arraigado en la existencia. La Redención es el límite divino impuesto al mal que de este modo es vencido radicalmente por el bien, el odio por el amor, la muerte por la resurrección. La figura del platillo de la balanza del bien donde Dios pone el sacrificio de



su Hijo en la cruz, señala la garantía de que el bien prevalecerá. Así prueba que la unión con el sacrificio de la cruz es el sello de garantía de la victoria del bien sobre el mal.

La tarea de seguir a Cristo

A continuación el sumo sacerdote explica cómo la imitación a Cristo es la gran tarea que debe realizar el bien. Cristo ha vencido el mal y entrega esa victoria a todos los seres humanos, invitándolos a que cumplan con la misión de seguirlo como consta en el Evangelio. Y es invitación a recorrer el camino de vida interior de quien quiera imitar a Cristo. Se trata de la vía que purifica, ilumina y une. La primera consiste en la observancia de los mandamientos, que significa vencer el pecado. Esta vía desemboca en la que ilumina, que hace lucir las virtudes, gracias a ellas el hombre siente menos el peso de la resistencia al mal y se abre a la felicidad de sentir la luz de Dios en el mundo creado, camino de la vía de la unidad, donde experimenta una particular unión con Dios.

En el obrar humano las facultades tienden a la síntesis, guiadas por la voluntad e iluminadas por la razón. Así se procede libremente y esto comporta responsabilidad. Si el hombre se decide por un determinado bien es responsable de esa opción.

De ahí se deriva una importante distinción ética entre el bien honesto, el bien útil y el bien deleitable que en todos los casos deben ordenarse a un fin honesto. El utilitarismo moderno descarta el bien honesto y procura solamente la utilidad y el placer.

El uso apropiado de la libertad se entrelaza de ese modo con la reflexión sobre el bien y el mal. El hombre puede actuar bien o mal porque su voluntad es libre, pero también falible.

Juan Pablo II detalla todo lo dicho en las obras *Amor y responsabilidad* (1978), *Varón y mujer* (1996) y *Persona y acción* (2007) y, desde la filosofía antropológica, explica el anhelo humano de redención y de que su redentor viva para que le descubra la puerta de la salvación.



Los párrafos anteriores narran varias consideraciones de Juan Pablo II sobre los entramados y las urdimbres del tejido de la vida espiritual, dirigida a la imitación a Cristo. Su pensamiento coincide con la tesis de Edith Stein (196), de cómo la vida espiritual es el eslabón entre lo finito y lo eterno.

La libertad es para el bien y para el amor

Juan Pablo II además explica cuál es el papel de la libertad en el camino del bien. El bien que tiene ante sí la libertad humana es el de la virtud, principalmente las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. La prudencia guía, la justicia ordena la sociedad, la fortaleza y la templanza el orden personal. A las virtudes cardinales se subordinan las demás.

Las Sagradas Escrituras iluminan el ámbito de la libertad con el mandamiento del amor. La libertad es para el amor llevado hasta el grado heroico: dar la vida por el hermano. Muchos cristianos han dado la vida por el prójimo imitando el ejemplo de Cristo.

El Creador ha dado la libertad al hombre como don y tarea a la vez, para que sirva a la verdad dirigiéndose al buen obrar en todas sus dimensiones personales, familiares, sociales, políticas, económicas, locales y globales. Así consigue superar desviaciones históricas como el utilitarismo social, la lucha de clases, el nacional-socialismo, el fascismo, el liberalismo, entre otras.

La libertad es auténtica en la medida en que realiza el verdadero bien. Así es un bien. Si se desvincula de la verdad y la juzga su dependiente, establece premisas de consecuencias morales perversas, y ese abuso de libertad dará origen a un modo totalitario como demuestra la historia.

Todas esas tesis se han desarrollado ampliamente en la doctrina social de la Iglesia a la que Juan Pablo II aportó las encíclicas: *Sollicitudo rei socialis* (1980), *Laborem exercens* (1981) y *Centesimus annus* (1991).

Deja claro el pontífice, que el camino de la libertad hacia el bien, entendida como don y tarea, es el de estar siempre al servicio de la virtud, el amor y la verdad, nunca considerándolos como sus dependientes.



Aprender a Cristo

Juan Pablo II profundiza en la forma de aprender de Cristo, que es adentrándose en el misterio de Dios y poniéndose en sus manos, como medio del sumo bien para vencer el mal.

Acerca del testimonio de san Juan Pablo II sobre las dificultades enfrentadas en Polonia durante el régimen nazi y la posterior entrada del comunismo, las refiere como medio siglo de resistencia al totalitarismo gracias a una inspiración divina en los pobladores que consistía en mantener ideales de gran contenido positivo. De esa manera se recuperaron valores que daban vida al pueblo y a los que querían mantenerse fieles.

Se preguntaba el papa: ¿qué podemos aprender de estos años dominados por las ideologías del mal y de la lucha contra ellas? Y respondía: hay que ir a la raíz donde se encuentra el programa cristiano: “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien” (Rom 12, 21).

En el Congreso de Teólogos de Europa Central y Oriental en Lublin, en el año 1991, se trataron esas experiencias. La teología desarrollada en el oriente europeo es testimonio de vida, lo que significa sentirse en manos de Dios, aprender a Cristo, “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46). Ahondar en las profundidades del misterio de Dios que realiza así la redención del mundo, significa aprender a Cristo.

Lo dicho pasa con frecuencia en el ámbito de lo inefable, se vislumbra la acción de Dios expresada en la mediación humana: las buenas obras, pero también los errores que una vez develados hacen resplandecer la verdad con más vigor y claridad. Sin duda la Divina Providencia se ha hecho notablemente presente en el siglo XX dando fe de su infinita misericordia (Ef 2, 4).

Una de esas grandes manifestaciones fueron las revelaciones a sor Faustina que hizo el apostolado de promover la devoción al Señor de las Misericordias. Ella tuvo revelaciones sobre la Divina Misericordia durante la Segunda Guerra Mundial y escribió un diario que viene a constituir un Evangelio de la Divina



Misericordia, allí consignó la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo de cerrarle el paso al mal –obrado por la humanidad– con su imperecedera misericordia, así le negó a este la posibilidad de una victoria definitiva. La pascua es el sello de garantía de la victoria del bien, de la vida y del amor contra sus contrarios que son el mal, la muerte y el odio.

Juan Pablo II en sus cavilaciones sobre aprender a Cristo no solo escruta el camino del abandono y la entrega a Dios, también la necesidad de confiar siempre en el misterio de la Divina Misericordia como medio de absoluta certeza del triunfo del bien.

Patria

Un gran aporte al bien contenido en *Memoria e identidad* es una verdadera teología de la patria, la nación y la cultura. Acerca de la resistencia inspirada en valores de alto contenido positivo, Juan Pablo II se refiere a los valores patria, nación y cultura.

Explica que si la patria y la cultura se examinan a la luz de Cristo se comprenden a la luz de la teología. En los labios de Cristo aparece la palabra Padre como el vocablo fundamental. Originalmente patria significa la herencia que han legado los padres y las madres a sus descendientes. Cristo orienta todo lo que forma parte de la patria y la cultura humanas a la patria eterna: “Salí del Padre y he venido al mundo, otra vez dejo el mundo y me voy al Padre” (Jn 16, 28). Inaugura así una nueva patria en la historia, la Patria celestial, la Patria eterna. Abierto el concepto de patria a la escatología y la eternidad no quiere decir que haya perdido su sentido temporal. Así sucedió en Polonia donde la comprensión de esta dimensión favoreció la disponibilidad para servir a la patria temporal, preparando a los ciudadanos para realizar sacrificios llevados hasta el heroísmo, tal como ha sucedido con los santos de la Iglesia elevados al honor de los altares. Desde ese excelso sentido de la patria se entiende el camino del bien que condujo a muchas almas a la santidad.

Cultura y nación

Atestigua el pontífice que la cultura cristiana sirve al bien como patrimonio divino. Refiere a Cristo como fundador de una nueva cultura, si bien es cierto que no cambió en nada la ley eterna, dejó con sus enseñanzas, vida, pasión, muerte y

resurrección una nueva viña en el mundo creado, cuyo campo es la humanidad (1 Cor 3, 9), tornándose así en cultura cristiana, presente incluso en las naciones no cristianas y en la cultura de la humanidad entera.

La familia y la nación están vinculadas con la sociabilidad humana a través de la doctrina social de la Iglesia. La sociedad se integra por las familias y la nación. La nación encierra la cultura y la historia en cuanto rasgos de identidad de la sociedad.

Sin embargo, existe el riesgo de caer en el nacionalismo que se centra únicamente en el bien de la propia nación, excluyendo a las demás. Para evitarlo es conveniente centrarse en el patriotismo que es amor a la patria, que reconoce a todas las demás naciones los derechos que reclama para sí, y se expresa como forma de amor social ordenado.

La revelación contenida en los libros sagrados sirve de pilar teológico a la nación. El Génesis habla de Abraham, su familia y su descendencia que en Jacob engendra las doce tribus de Israel que fundan el pueblo elegido, la nación con la cual Dios se dio a conocer al mundo. Así las demás naciones conocieron la fe monoteísta en un Dios que en el principio creó de la nada el cielo y la tierra y le reveló las escrituras y el decálogo a Moisés. Con Cristo y el Evangelio esta fe pasa de un pueblo en particular a todas las naciones del orbe que son llamadas al plan divino de la salvación. Entran a unirse a esa historia de la salvación.

A la pregunta de si la historia que expresa la identidad de la nación puede oponerse a aspiraciones de la conciencia de las personas que la conforman, responde nuestro autor con sus propios versos, "Pensando en la Patria":

¡La libertad hay que conquistarla permanentemente,
no basta con poseerla!
Llega como un don,
se conserva con ardua lucha.
El don y la lucha están escritos en páginas ocultas
y, sin embargo, evidentes.



Pagas por la libertad con todo tu ser,
llama entonces libertad a eso,
a lo que, pagando, puedes poseer siempre de nuevo.
Con este pago entramos en la historia,
recorremos todas sus épocas.
¿Por dónde pasa la división de las generaciones
entre los que no han pagado bastante
y los que tuvieron que pagar más de la cuenta?
Y nosotros, ¿de qué lado estamos?
La historia cubre las batallas de la conciencia
con un manto de acontecimientos;
un manto tejido de victorias y derrotas;
no las encubre, las destaca.
Débil es el pueblo si acepta su derrota,
olvidando que fue llamado a velar,
hasta que llegue su hora.
Y las horas vuelven siempre en la órbita de la historia.
He aquí la liturgia de los hechos.
Velar es la palabra del Señor y la del pueblo,
que hemos de aceptar siempre de nuevo.
Las horas son salmodia de conversiones incesantes.
Vamos a participar en la Eucaristía de los mundos.
¡Tierra que siempre serás parte de nuestro tiempo!
Alentados por una nueva esperanza,
iremos a través del tiempo hacia una tierra nueva.
Y a ti, tierra antigua, te llevaremos como fruto
del amor de las generaciones que superó el odio. (SS Juan Pablo II 23)

Esos versos realzan el gran valor moral que representan la cultura y la nación hasta el punto de darle sentido al don y la tarea de la libertad en la ruta trascendente del bien.



Después del atentado

Como epílogo de las reflexiones sobre la lucha entre el bien y el mal, vale la pena examinar el relato que Juan Pablo II hace del atentado terrorista del 13 de mayo de 1981 que lo tuvo al borde de la muerte, cuyos apartes recuerdan el libro de Job por su agudeza frente al sentido del sufrimiento y son evidencia de una certeza auténtica de la victoria del bien:

Durante el tiempo de Navidad de 1983 visité al autor del atentado en la cárcel. Conversamos largamente. Alí Agca, como dicen todos, es un asesino profesional. Esto significa que el atentado no fue iniciativa suya, sino que algún otro lo proyectó, algún otro se lo encargó. Durante toda la conversación se vio claramente que Alí Agca continuaba preguntándose cómo era posible que no le saliera bien el atentado. Porque había hecho todo lo que tenía que hacer, cuidando hasta el último detalle. Y, sin embargo, la víctima designada escapó de la muerte. ¿Cómo podía ser?

Lo interesante es que esta inquietud lo había llevado al ámbito religioso. Se preguntaba qué ocurría con aquel misterio de Fátima y en qué consistía dicho secreto. Lo que más le interesaba era esto; lo que, por encima de todo, quería saber.

Mediante aquellas preguntas insistentes, tal vez manifestaba haber percibido lo que era verdaderamente importante. Alí Agca había intuido probablemente que, por encima de su poder, el poder de disparar y de matar, había una fuerza superior. Y, entonces, había comenzado a buscarla. Espero que la haya encontrado.

Todo sufrimiento humano, todo dolor, toda enfermedad, encierra en sí una promesa de liberación, una promesa de la alegría: “Me alegro de sufrir por vosotros”, escribe san Pablo (Col 1, 24). Esto se refiere a todo sufrimiento causado por el mal, y es válido también para el enorme mal social y político que estremece el mundo y lo divide: el mal de las guerras, de la opresión de las personas y los pueblos; el mal de la injusticia social, del desprecio de la dignidad humana, de la discriminación racial y religiosa; el mal de la violencia, del terrorismo y de la carrera de armamentos. Todo este sufrimiento existe en el mundo también para despertar en nosotros el amor, que es la entrega de sí mismo al servicio generoso y desinteresado de los que se ven afectados por el sufrimiento.

En el amor, que tiene su fuente en el Corazón de Jesús, está la esperanza del futuro del mundo. Cristo es el Redentor del mundo: “Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron” (Is 53, 5). (SS Juan Pablo II 206)

Sin duda es esencial para el bien, tener en cuenta cómo el sufrimiento posee un sentido liberador que une a la humanidad a la obra de la redención, así lo proclamó



el santo Job al superar el enigma de sus tribulaciones: “Sé que mi redentor vive” (Job 19, 25-27).

Conclusión

El mal es de por sí desconcertante y Juan Pablo II ha guiado a la humanidad para que ese agente del temor sea superado por el amor. Deja claro cómo el bien que tiene ante sí la libertad humana es el de la virtud y cómo existe para el amor. Cómo la libertad es don y tarea a la vez.

Así ejerce la libertad en la verdad quien elige el bien verdadero en la vida personal y familiar, en la realidad económica y política, en el ámbito nacional e internacional. De esta forma se supera el curso de las desviaciones históricas como el utilitarismo social, la lucha de clases, el nacionalsocialismo, el fascismo, el liberalismo y el terrorismo.

Penetrando en las entrañas de la naturaleza humana se profundiza en el misterio de la iniquidad y en las consecuencias de la ruptura del pensamiento humano con la filosofía del ser que ha hecho olvidar al hombre de la obra de la creación, de su condición de criatura, de su dignidad humana y de su Creador. Todo para quedar abandonado a la factibilidad y al hacer, al futuro y a la acción, comprometiendo así su permanencia, su libertad y su propia naturaleza humana.

En la obra *Memoria e identidad* recuerda el santo frecuentemente a Aquella con cuyo calcañar será aplastada la cabeza de la serpiente y deja una clara reflexión de cómo se ha dado ese *ipsa conteret* (Gn 3, 15) en la historia humana.

Lo dicho en este documento aporta al contenido identitario de la Universidad Católica de Colombia que profesa un acto educativo de naturaleza moral-perfectiva de la libertad y la inteligencia, capaz de una opción intelectual por Dios. Contribuye a la línea educación, ética y política del Grupo de Investigación *Philosophia Personae* y al trabajo de investigación sobre el camino de la misión e identidad de la Universidad Católica de Colombia que se proclama servidora del magisterio de la Iglesia.



Bibliografía

- Adorno, Theodor. *La educación después de Auschwitz*. Buenos Aires: Amorrortu, 1973.
- Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen, 1999.
- De Brigard, Rafael. “Sube indignación ciudadana. Estamos que reventamos”. *Diario El Nuevo Siglo*, 11 de diciembre de 2016. <<http://www.elnuevosiglo.com.co/articulos/12-2016-estamos-que-reventamos>>.
- Descartes, René. *El discurso del método*. Valladolid: Maxtor, 2007.
- Goethe, Johann Wolfgang. *Fausto*. Barcelona: Vosgos, 1972.
- Neiman, Susan. *El mal en el pensamiento moderno*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Papa Francisco. “Homilía del papa Francisco en la canonización de san Juan Pablo II y san Juan XXIII”. *Aciprensa*, 27 de abril de 2014. <<https://www.aciprensa.com/noticias/texto-completo-homilia-del-papa-francisco-en-la-canonizacion-de-juan-pablo-ii-y-juan-xxiii-18777/>>.
- Ratzinger, Joseph. *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Sígueme, 2002.
- San Agustín. *Confesiones*. Madrid: EDAF, 1969.
- San Agustín. *De civitate Dei*, XIV, 28. Ciudad de México: Porrúa, 2004.
- SS Juan Pablo II. *Amor y responsabilidad*. Madrid: Razón y Fe, 1978.
- SS Juan Pablo II. Carta encíclica *Redemptor hominis*. A los venerables hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a las familias religiosas, a los hijos e hijas de la iglesia y a todos los hombres de buena voluntad al principio de su ministerio pontifical. Roma: Plaza de San Pedro, 4 de marzo de 1979. <http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_04031979_redemptor-hominis.html>.
- SS Juan Pablo II. Carta encíclica *Dives in misericordia*. Roma: Plaza de San Pedro, 30 de noviembre de 1980. <http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30111980_dives-in-misericordia.html>.
- SS Juan Pablo II. *Sollicitudo rei socialis*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 1980.
- SS Juan Pablo II. *Laborem exercens*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1981.
- SS Juan Pablo II. “Cuando pienso en la patria”. *Poesías*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1982.
- SS Juan Pablo II. Carta encíclica *Dominum et vivificantem*. Sobre el Espíritu Santo en la vida de la iglesia y del mundo, 1986. <http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_18051986_dominum-et-vivificantem.html>.
- SS Juan Pablo II. *Centesimus annus*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1991.
- SS Juan Pablo II. *Varón y mujer*. Madrid: Ediciones Palabra, 1996.



SS Juan Pablo II. *Memoria e identidad*. Bogotá: Planeta, 2005.

SS Juan Pablo II. *Persona y acción*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2007.

Stein, Edith. *Ser finito y ser eterno. Ensayo de una ascensión al sentido del ser*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

Universidad Católica de Colombia. Acuerdo No. 1. Misión y PEI. Asamblea General. Bogotá: Archivo Secretaría General, Universidad Católica de Colombia, 29 de diciembre de 1999.

Universidad Católica de Colombia. Acta No. 9. Aprobación de los proyectos de investigación convocatoria 2014. Bogotá: Archivo Dirección Central de Investigaciones, Universidad Católica de Colombia, 3 de diciembre de 2014.